

Filippo La Porta: la pasión por la crítica como pasión por la vida

FABRIZIO COSSALTER

Es un grandísimo placer para mí introducir estas páginas dedicadas a uno de mis mejores amigos, el fundamental crítico y ensayista italiano Filippo La Porta, en ocasión de su septuagésimo cumpleaños (3 de septiembre de 2022), aunque con un pequeño retraso debido al aplazamiento de su viaje a México. Deseo ante todo agradecer a quienes hicieron posible este homenaje, tan bello como raro: me refiero a la directora de *Inundación Castálida*, Moramay Herrera Kuri, y su equipo de colaboradores, así como a la rectora de la Universidad del Claustro de Sor Juana, Carmen López-Portillo; al director del Instituto Italiano de Cultura en México, Gianni Vinciguerra; y especialmente a los amigos –incluido el propio Filippo– que nos concedieron los derechos de autor de los textos a cuya traducción al español el lector mexicano tiene ahora la oportunidad de acercarse, en su mayoría, por primera vez.

Cuando era estudiante, en la segunda mitad de los años noventa, empecé a leer –por consejo de mi entonces director de tesis, el gran historiador Silvio Lanaro– los artículos, las reseñas y los ensayos de Filippo La Porta, y hallé en ellos algo que me representaba pero a lo que todavía no sabía dar forma. Esos escritos –“formas breves” capaces de cumplir perfectamente con su destino, como diría Ricardo Piglia– eran, y son, contundentes y satíricos, cascarrabias y afilados, dado que ahondan con lucidez y agudeza en las recurrentes decepciones de la historia, de la tradición y de la sociedad italiana, pero a la vez contienen la infinita curiosidad intelectual y existencial de su autor, de cuyo recorrido literario ofrecemos aquí una pequeña mas valiosa muestra (el lector podrá encontrar un análisis pormenorizado de la trayectoria de La Porta en el *Retrato* que le ha dedicado Christopher Domínguez Michael en *Letras Libres* y que amablemente nos permitió reproducir).

Mi abandono de la historiografía por los estudios literarios –y por la literatura *tout court*– se debe también a las tempranas lecturas de La Porta que hice: todo eso no tiene ninguna importancia, naturalmente, sino como testimonio del interés de su obra, tan variada y, diría, valiente en la actualidad, puesto que nos demuestra

que el ensayo y la crítica, lejos de desempeñar una función ancilar o servil, poseen una vitalidad a veces mayor que la de la propia ficción. Se trata, además, de una tesis original de La Porta, quien, en tiempos no sospechosos, ya había rastreado, identificado y practicado los fecundos cauces de un ensayismo apto para ser más inventivo y necesario que una narrativa, la de nuestros días, destinada en su mayoría a reducirse a mero *storytelling*...

En 2017 conocí a Filippo en persona, en ocasión de su primer viaje a México. Siempre hay algún reparo cuando estamos obligados a ponerle un rostro, una voz, unos gestos y unos modales a alguien que admiramos. Pero no hubo ningún problema en este caso: Filippo era, y es, tal como me lo imaginaba. La coherencia entre la persona y la obra es algo singular e insólito, al punto de que yo he podido toparme con ella pocas veces a lo largo de mi vida. Me ha ocurrido con él, con Mario Andrea Rigoni y con Piergiorgio Bellocchio, además de con los amigos que aparecen en estas páginas.

Quisiera destacar, sin embargo, un rasgo inexcusable: la curiosidad a la que me refería antes, en Filippo La Porta se convierte en generosidad inmediata, cuando vale la pena, existencial o literariamente, pues para él es la única forma de vida posible, es decir, de pasión por la vida, la de los demás y la suya, cuyos incomparables atributos me da muchísimo gusto poder celebrar en esta introducción al presente número de *Inundación Castálida*, que le brindamos con auténtico goce y con la amistad de siempre. ●

